

***CONVOCADAS PARA HACERNOS HERMANAS...
Y QUE EL MUNDO CREA***

La Comunidad como Vocación y Misión

CONFER de Orense

25 de octubre de 2014

M^a Isabel Ardanza Mendilibar, ccv

CONVOCADAS PARA HACERNOS HERMANAS... Y QUE EL MUNDO CREA

LA VIDA COMUNITARIA COMO VOCACIÓN Y MISIÓN

INTRODUCCIÓN

La Comunidad es un elemento esencial de la VR, ya que ésta se define precisamente como un modo de seguir a Jesús en Comunidad. Pero frecuentemente se piensa en la Comunidad religiosa como una estructura que caracteriza la vida de los religiosos y religiosas y a la que nos incorporamos cuando entramos en la VR.

En la reflexión que vamos a hacer hoy quiero resaltar una doble perspectiva de acercamiento a la vida comunitaria, su dimensión vocacional y de misión. Hemos sido convocadas por el Señor para hacernos hermanas unas de otras, es decir, para ir creando una fraternidad entre nosotras y que esto se convierta en anuncio y signo de la presencia del Reino en nuestro mundo, precisamente para que el mundo crea. Por lo tanto, podemos decir que, en su realidad más honda, la Comunidad es nuestra Vocación y también forma parte de nuestra Misión.

Desde esta perspectiva, la Vida fraterna es mucho más que la una forma de vida propia de los religiosos. Es un don y una llamada del Señor que hemos de acoger y empeñarnos en construirla cada día, junto a aquellas hermanas que el Señor nos ha dado, como decía San Francisco. Él nos ha llamado personalmente y nos ha convocado para que nos vayamos haciendo hermanas de aquellas personas que no hemos elegido sino que nos han sido dadas por Él como hermanas. Y ésta es

nuestra vocación comunitaria: crear cada día la fraternidad y vivirla entre nosotras.

Pero esta creación constante de la fraternidad forma también parte de nuestra misión ya que es un anuncio y un signo de lo que el Señor quiere realizar con toda la humanidad: que llegue a ser una familia de hermanos y hermanas. Es un signo para que el mundo crea que tenemos un Padre que nos ama y nos ha hecho hijos suyos en el Hijo único, como nos lo ha dicho Jesús (Jn 17).

La expresión **“hacernos hermanas”** es una oración gramatical con dos sujetos. Por una parte, el sujeto de esta acción somos **nosotras**, que tenemos que empeñarnos seriamente en construir la fraternidad día a día. Pero, por otra parte, quien construye realmente la fraternidad, concediéndonos el don de ser hermanas, es el **Espíritu Santo**. Esto es mucho más patente cuando miramos a la Comunidad desde la clave teológica, pero lo cierto es que toda la dinámica comunitaria, incluyendo las perspectivas más primarias y organizativas, está impulsada por el Espíritu Santo. Él es el amor personal de Dios derramado sobre este mundo, sobre cada persona y sobre la comunidad eclesial y las comunidades religiosas para llegar a hacer de esta humanidad una familia de hermanos, hijas e hijos de un mismo Padre, en torno a Jesús, el Hijo Único y Primogénito de muchos hermanos.

Desde esta perspectiva vocacional de la Comunidad se pone de manifiesto que la vida comunitaria se juega no tanto en la perfección de los logros alcanzados sino en la actitud permanente de cada uno de sus miembros de situarse como hermana y en el empeño diario de reconstruir estas relaciones fraternas. Como sucede con la parábola del Buen samaritano, no se trata tanto de saber quién es mi hermana sino de “irme haciendo yo hermana”.

Nuestra reflexión tendrá cinco partes:

1. La Comunidad como vocación.
2. La Comunidad, escuela y taller del amor.
3. La Comunidad como misión.
4. Los niveles de vivencia fraterna.
5. La dinámica del amor teologal.

I. LA COMUNIDAD COMO VOCACIÓN

Con frecuencia, cuando nos ponemos a hablar sobre la vida comunitaria nos situamos en el ideal, se nos dispara el deseo y decimos maravillas. Y, sin embargo, cuando aterrizamos en la vivencia real de nuestra comunidad concreta experimentamos la cruda realidad de nuestras limitaciones y dificultades para la relación interpersonal, nuestras incoherencias y pecados. En ella proyectamos nuestras necesidades, los conflictos personales no resueltos, la lucha por el poder y el prestigio...

Ciertamente no somos una comunidad de ángeles y experimentamos nuestra realidad comunitaria como muy pobre a muchos niveles. La reacción instintiva es una actitud de rechazo que se niega a aceptar la distancia entre el ideal y la realidad y que conduce a culpabilizar y a culpabilizarnos. Pero la aceptación de la realidad es un principio básico de madurez humana tanto a nivel personal como grupal.

Resulta iluminador al respecto este texto de Domínguez Morano¹:

La psicología de los grupos tiende de por sí a favorecer todo tipo de fantasía de unión y felicidad acabada y si se trata de un grupo religioso el peligro de idealismo crece exponencialmente. En efecto, la espiritualidad de la vida comunitaria manifiesta con demasiada frecuencia uno de los campos en los que la idealización y consiguiente falseamiento de la realidad se hace más notoria. Bastaría acercarse a algunos documentos de algunas congregaciones religiosas sobre este aspecto de la vida consagrada para percatarse que el ideal que se propone difícilmente sería alcanzable por las

¹ Calos DOMÍNGUEZ MORANO, *Amores y desamores en la vida consagrada*. Pg. 121.

comunidades cristianas primitivas tal como se nos describen en los Hechos de los Apóstoles. El peligro y las consecuencias que tales idealizaciones traen consigo no son nada desdeñables. Sólo desde la realidad compleja de la vida de los miembros de la comunidad y desde la más compleja todavía de su interacción en la diferencia, se hace posible emprender un camino que se aproxime a la “unión de alma y de corazón”. El peligro estará siempre en la pretensión de hacer camino desde los ideales a la realidad, cuando el único camino transitable es el que parte de la realidad, en un intento honesto de aproximarse a los ideales

A poco lúcidas que seamos tenemos que confesar que nuestra experiencia comunitaria dista mucho del ideal de comunión fraterna que nos habíamos hecho. La realidad se impone sobre los deseos y esto provoca una gran crisis de realismo, que hemos de reconocer para poderla elaborar, pues es un principio básico que nada puede ser curado si antes no es asumido.

Necesitamos elaborar la crisis del ideal comunitario para que la distancia entre éste y la realidad no se convierta en una sima insalvable que nos lleve a la conclusión de que el ideal evangélico de la vida fraterna es precioso, pero algo imposible en mi realidad comunitaria concreta.

Partir de que al profesar y entrar a formar parte de una comunidad, ya somos hermanas y escandalizarnos de los aspectos conflictivos de esta vivencia fraterna es un posicionamiento equivocado, que se convierte en un obstáculo, a veces insalvable, para caminar hacia una vivencia hondo y espiritual de la vida comunitaria.

Necesitamos aceptar y reconciliarnos con la realidad, ciertamente imperfecta, pobre, limitada... Y nos ayudará a ello comprender que **el signo escatológico de la vida comunitaria de los religiosos no está en la perfección de su realización acabada, sino precisamente en la vocación de hacernos hermanas, a la que el Señor nos llama permanentemente.**

Somos hermanas unas de otras, porque Dios Padre nos ha hecho hijas suyas en Jesús y la fraternidad universal es su proyecto para la humanidad. Pero esto es como la realidad de la planta encerrada en la semilla; necesita desplegarse para que se desarrollen todas sus potencialidades. Es algo así como sucede con el sacramento del Bautismo: somos cristianas porque hemos sido bautizadas en el nombre de Jesús, pero hemos de realizar todo un proceso de maduración en la fe y un camino de seguimiento para llegar a ser cristianas. Lo mismo sucede con nuestra vida fraterna: somos hermanas, porque Dios nos ha hecho hijas suyas en Jesús, pero estamos **llamadas a hacernos hermanas.**

Por tanto, la vida fraterna es nuestra vocación, es decir, el don y la llamada a hacernos hermanas unas de otras, para así formar una comunidad de discípulas en torno a Jesús. Y ese tiene que ser nuestro empeño, cada día, a lo largo de toda nuestra vida.

Por tanto, no nos escandalicemos de todas nuestras actuaciones que ponen en evidencia que la nuestra no es una fraternidad consumada y situémonos siempre en la clave vocacional que es la que nos ayudará a asumir la realidad y a reconciliarnos con ella: Hemos sido convocadas, no para disfrutar de unas relaciones idílicas, de una comunión sin conflicto sino para HACERNOS HERMANAS. Y así, desde esa vocación y empeño sostenido de crear fraternidad, somos **signo escatológico de la**

presencia del Reino, es decir, de la vida nueva que a partir de Jesús se ha inaugurado ya en este mundo.

Por lo tanto, el camino comunitario se hace partiendo siempre de mi realidad personal (con todas sus resistencias a la fraternidad) y de la realidad de mi comunidad concreta y situando como horizonte y motor de nuestras vidas la llamada del Señor a hacernos hermanas, de modo que la verdad de nuestra vida comunitaria no se mide por la perfección alcanzada sino por los pasos que vamos dando cada día en ese camino.

Este cambio de perspectiva es muy sano y liberador, porque nos permite otra mirada sobre la realidad de nuestras comunidades que abre horizontes, y me lleva a caer en la cuenta que mi comunidad, con todas sus pobreza y incoherencias, es la escuela donde voy haciendo los aprendizajes del amor—única asignatura de la que seremos examinadas al final—y el taller donde mejor puedo ejercitarme en ella. Y, además, esta mirada nos abre al don de una vivencia teologal de la misma: cada mañana, al encontrarnos para la oración litúrgica de Laudes, descubriremos que el Señor nos sorprende de nuevo con el don de la fraternidad y nos sitúa ante el reto de empeñarnos en ser y vivir como hermanas a lo largo del día.

“Hacernos hermanas” es nuestra vocación a la que nos ha convocado el Señor. Y esta vocación es a la vez e inseparablemente don y tarea.

Don en cuanto que es Dios Padre quien nos hace hermanas de Jesús y hermanas entre nosotras, por obra del Espíritu Santo. Y como tal don es algo que hemos de pedir y disponernos a recibir cada día.

Pero a la vez, la vida fraterna es también tarea nuestra. Hemos de construir la fraternidad ejercitándonos en el amor para hacernos cada vez más hermanas unas de otras, con todo lo que eso significa. Para ejemplificar este ejercicio nos puede servir la respuesta de Jesús al letrado que le plantea quien es su prójimo. Según la respuesta de Jesús en el Buen samaritano la cuestión no es dilucidar quién es mi prójimo sino situarme como prójimo ante el otro en necesidad. En nuestro caso no se trata de saber quién es mi hermana sino de situarme personalmente en la actitud permanente de hacerme hermana.

Por tanto, el secreto de la vida comunitaria está en sabernos situar cada día y en cada momento desde esa clave de la llamada a hacernos hermanas, que constituye nuestra vocación personal y nos convoca a la comunidad. Y ese es precisamente el signo escatológico que el Señor quiere ofrecer a su Iglesia y, en ella, al mundo, para que crean en Él.

II. LA COMUNIDAD ESCUELA Y TALLER DEL AMOR

En este apartado vamos a reflexionar sobre un aspecto nuclear de la vida comunitaria: el aprendizaje del amor. La Comunidad es para nosotras “una escuela” donde vamos aprendiendo a madurar en el amor y “un taller” donde, día a día, se nos invita a ejercitarlo.

Es verdad que no se trata ni de la única escuela ni del único taller de nuestra vida, puesto que hay otros muchos ámbitos que han sido y son escuelas donde hemos aprendido y practicamos el amor (las experiencias de amor incondicional que hemos tenido, la familia, el mundo de las relaciones de distinto tipo, el trabajo, los campos de misión en los que desarrollamos nuestra actividad apostólica...), pero, sin duda, la comunidad es un ámbito especialmente importante para nosotras.

El amor es una experiencia fundamental en la vida humana que tiene diferentes manifestaciones. Porque el amor es INDIGENCIA (necesidad) de la criatura que busca calor protector y placer de plenitud. Y es QUERER (voluntad) que se vincula al mundo en toda su riqueza pluriforme. Y es SALIR DE SÍ atraído por la belleza y el misterio del otro (enamoramiento). El amor es AFECTIVIDAD que se enraíza y hace suyo lo que le rodea, y esto se nota en el temor a la pérdida, en el gozo de la posesión, en la esperanza del deseo. El amor es AUTODONACIÓN que crea vida y promueve el bien del otro, que se inclina por el más débil, que se olvida de sí, que carga con...

Y el amor está también indisolublemente unido a la angustia de la finitud, al egocentrismo radical, a nuestros mecanismos de defensa, a nuestra pretensión de ser como Dios, a nuestros miedos y resistencias, o sea, a nuestros fondos de pecado. Es

decir, en el amor experimentamos lo mejor y lo peor: el salir de sí y la apropiación².

Se trata de una experiencia evolutiva que se puede vivir a muy distintos niveles de densidad humana y espiritual. Con los años y las experiencias de la vida, podemos ir creciendo y madurando en el amor, pero no siempre es así, ya que depende mucho de las opciones conscientes o inconscientes que se van adoptando en la vida, es decir, de los condicionamientos de nuestra propia historia y de las decisiones de nuestra libertad. El proceso del amor también puede estancarse, cerrarse, entrar en una dinámica regresiva.

Como toda experiencia humana, es ambivalente y ha de ser purificada. La maduración en el amor exige una transformación interior, de modo que sólo un cierto nivel de transformación personal permite tener experiencia de determinados niveles de hondura de amor. Y sólo quien tiene experiencia sabe realmente.

Voy a señalar una serie de niveles de experiencia del amor, que expresan su proceso de maduración, empezando por los más elementales:

1) La primera experiencia del amor es la de la receptividad.

Desde que nace (y seguramente ya antes de nacer), mucho antes de que ser consciente de ello, el niño **se deja querer**. Se trata de una experiencia totalmente pasiva y no tematizada, pero que el niño lo percibe con un carácter de incondicionalidad, en el alimento y los cuidados que recibe, en el contacto con el cuerpo de su madre, en los abrazos, sonrisas y caricias.... Es una experiencia real del amor, la que puede tener un bebé, y es tan esencial en la vida que su carencia condiciona y puede impedir un desarrollo

² GARRIDO, J. *Relectura de San Juan de la Cruz*. Ed. Verbo Divino, pág. 163.

adecuado de la afectividad e incluso puede provocar la muerte.

Se trata, por tanto, de una experiencia fundamental para el desarrollo humano. Es más, ésta es la experiencia básica y necesaria del amor también en la relación con Dios. Para que el proceso espiritual se desarrolle adecuadamente, es necesario percibir que Dios es alguien bueno que me quiere incondicionalmente y que quiere mi bien.

Pero está claro que si el amor de una persona adulta se reduce a dejarse querer, su capacidad de amor está a un nivel muy infantil. Y, sin embargo, con frecuencia, es ésta la experiencia del amor también en muchos adultos: “mi experiencia del amor es que me siento querida”.

2) Ganarse el amor. Si el niño va creciendo y madurando sanamente, pronto aprende a “**ganarse**” la atención y las muestras de cariño: sabe que si sonríe, si hace gracias o si llora, su madre le va a hacer más caso. De alguna manera empieza a “ganarse” el amor.

Esta experiencia del amor sigue totalmente centrada en él —porque lo que pretende es conseguir lo que desea— pero ahora ya pone algo de su parte. A través de ello va madurando su experiencia de amar.

Más tarde aprenderá que, precisamente para lograr ser querido, necesita aceptar ciertos niveles de **renuncia propia y de atención a los demás**, a fin de lograr su acogida y cariño o para conseguir de ellos lo que desea. “Si no dejo mis juguetes, no tendré amigos”. “Si no hago lo que me dice mi madre, no estará contenta conmigo y yo no lograré de ella su cariño”...

Aunque este amor sigue centrado en sí mismo, el niño introduce un elemento que, en cierto modo, le hace salir de

sí y pensar también en el otro, aunque sea en provecho propio.

Esto supone un paso de maduración de la capacidad de amar en el proceso evolutivo del niño, pero es bastante frecuente que la experiencia del amor del adulto se estanque en este nivel y que su ejercicio del amor consista, consciente o inconscientemente, en buscar y lograr ser amado. Incluso, a veces, ni siquiera llega aquí, cuando partimos de que “los demás me tienen que aceptar como soy” y que yo no tengo que poner nada de mi parte para ser querida.

Estas primeras experiencias del amor están muy unidas al deseo de fusión, de una vinculación sin conflictos. La búsqueda de la incondicionalidad del amor, que es una experiencia fundante esencial para el crecimiento humano y espiritual, puede convertirse también en la mayor trampa para su desarrollo adulto. Necesitamos cortar “el cordón umbilical” y “separarnos”, asumiendo el riesgo de la libertad personal y la soledad, para poder ser nosotras mismas y tomar la propia vida en las manos.

Muchas veces el desarrollo del amor queda bloqueado por estas fijaciones afectivas. La máxima evangélica “*deja a tu padre y a tu madre*” no es sólo una exigencia espiritual para abrazar la vida religiosa sino una condición necesaria para el desarrollo afectivo y de nuestra capacidad de amar.

- 3) El aprendizaje de la alteridad:** Supone la capacidad de ser yo misma (“separada” de cualquier otro yo) y, a la vez, tener en cuenta al otro, aceptándolo como diferente y no en función de mis necesidades. Este nivel implica el descubrimiento del tú, como valioso en sí mismo y no por lo que me aporta, lo cual sólo es posible cuando tengo

capacidad de desplazar el centro de atención de mí misma al otro.

El sentido de la alteridad supone todo un proceso de maduración y de transformación personal que permite superar el narcisismo que ordinariamente acompaña a los primeros estadios del amor...

Hay muchas personas, con mucha edad, que no llegan a vivir esta experiencia del amor, porque siempre están centradas en sí mismas y no han llegado a desplazar el centro hacia el otro, amado y valorado por sí mismo, no en función del provecho o la satisfacción que supone para mí. Pero, el amor sólo crece en la medida en que el centro pasa desde el yo hacia el tú.

Este nivel de maduración del amor es imprescindible para que podamos hablar de una verdadera relación interpersonal de amor, tanto si nos referimos al sentido ético, como a la amistad, las relaciones de pareja, la relación en una actividad educativa, en el campo de la salud o de la marginación... y, por supuesto, en las relaciones comunitarias.

Este nivel de relación afectiva presupone un crecimiento en la libertad personal, la capacidad de autonomía, de tomar la propia vida en las manos y asumir el riesgo de las propias decisiones. Todo ello nos hace tomar conciencia de la propia unicidad personal y va unida a la capacidad de asumir y vivir la propia soledad radical.

Sólo así es posible que el amor se sitúe en el otro, más allá de mi necesidad.

Como podemos apreciar este tercer nivel supone una madurez considerable de la capacidad de amar. Supone

pasar del “te amo porque te necesito” al “te amo porque te lo mereces”.

Pero ordinariamente, esta capacidad de descentramiento del yo en beneficio del tú se reduce a amar a los que me aman. Lo cual no es nada negativo sino sumamente valioso: “me siento tan querida por ti y te quiero tanto que prefiero tu bien al mío”.

La lógica del amor humano llega hasta aquí y no es poco. Sin embargo Jesús nos dirá en el evangelio: *Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a sus amigos (Lc 6,36).*

Como veremos más adelante, el amor cristiano va más allá de la lógica humana. Lo razonable es amar a los que nos aman, a los que nos hacen bien, a los que nos caen bien, a aquéllos con los que congeniamos bien, a los de nuestra sangre, a nuestros amigos... No es razonable amar a los enemigos. Para que nuestro amor se desarrolle a ese nivel necesita otra lógica y otra fuente de ser que no está en nosotros, como veremos más adelante.

4) La madurez en el amor humano. Todavía no estamos hablando del amor cristiano: del *amamos como yo os he amado* del que nos habla Jesús en el Evangelio. El amor humano en su madurez adulta es aquel que promueve el bien del otro en cuanto otro, incluso aunque esa promoción suponga renunciaciones y pérdidas importantes para uno mismo.

Este amor es el que deja libres a las personas para que sean ellas mismas y sostiene el sentido ético de la vida: la conciencia de que toda persona tiene una dignidad inviolable y es merecedora de que yo actúe éticamente con ella y me implique en su defensa, aunque eso me

complique la existencia o sea un obstáculo para mis conveniencias.

Esta experiencia del amor supone una transformación interior de tal calidad moral que la mayoría de las personas no alcanzan nunca. La media humana actúa o actuamos en función de lo que nos conviene a nosotros y no en función de lo que el otro se merece, por su dignidad personal inviolable.

5) El amor más grande. Podríamos pensar que la experiencia del amor que hemos recogido en el punto anterior es la expresión máxima de la calidad del amor humano. Y en cierto sentido es así. Es admirable percibir que algunas personas creyentes y no creyentes viven esta altura de calidad ética. La realidad social y la de nuestro mundo cambiaría radicalmente si la mayoría de nosotros viviéramos las relaciones personales con esa calidad de amor.

Y, sin embargo, Jesús nos ha revelado un **amor más grande**: *Amaos como Yo os he amado*. Este amor consiste en perder la propia vida a favor del otro. Y esto, no como un acto voluntarista, sino como fruto de un corazón humano transformado por el amor. Este es el amor más grande, el que entrega la propia vida por aquéllos a los que ama, incluso aunque ellos no me amen. Es el amor con que Jesús nos ha amado. Así es el amor del Padre que *hace salir su sol sobre buenos y malos*.

¿Pero qué transformación del corazón supone este amor?
¿Quién está a la altura de semejante amor? Nadie.

Este amor no tiene su fuente de ser en nosotros. Nosotros no podemos producirlo. Por mucho que nos empeñemos, nosotros no somos capaces de amar así, gratuitamente, independientemente de lo que eso me cueste,

independientemente de que sea agradecido o incluso reconocido.

Nosotros no podemos producir esta calidad de amor, porque es un don, pero podemos pedirlo cada mañana y disponernos a recibirlo. No está en nuestras manos conseguirlo, pero éste es el amor que Dios nos regala por la fe en Jesús. Es su amor derramado sobre nosotros por el Espíritu Santo el que nos capacita para poder amar así.

Esta es la madurez teologal del amor; el mismo amor de Dios—amor teologal—pero que por obra del Espíritu puede brotar desde mi corazón transformado. Y este amor tiene un nombre propio: CARIDAD. A la tarde hablaremos de la dinámica humana y espiritual de este amor teologal.

La vida comunitaria es una plataforma privilegiada para que nosotras podamos aprender a amar y para que la calidad de nuestro amor vaya creciendo, hasta la medida de Cristo Jesús, como diría Pablo (cf. Ef 4,15). Y así vayamos construyendo la fraternidad a la medida del sueño de Dios.

Alguien decía, que el sentido de esta vida es que en su transcurso, aprendamos a amar. Si nuestra existencia ha servido para que aprendiéramos a amar ha merecido la pena y si no, la hemos desaprovechado. Por eso San Juan de la Cruz hablaba de que al atardecer de la vida se nos examinará en el amor.

Desde esta óptica, la vida fraterna, en estos momentos de reducción, es un ámbito privilegiado para el aprendizaje y ejercicio del amor gratuito.

III. LA VIDA COMUNITARIA COMO MISIÓN

Cuando abrazamos la VR y en las primeras etapas del proceso espiritual, la relación entre Comunidad y Misión se percibe en el sentido de que vivimos en Comunidad para juntas dedicarnos a una Misión, según nuestro Carisma. Es decir, percibimos que la Comunidad es PARA la Misión: *Yo os he elegido para que vayáis y deis fruto.*

Pero a medida que vamos madurando en el sentido de la Vida comunitaria y de la Misión vamos descubriendo que más allá del “para” la Comunidad, en sí misma, forma parte de nuestra Misión. Es decir, vamos percibiendo que construir la Comunidad, irnos haciendo hermanas unas de otros, crear una fraternidad entre nosotras es parte de la Misión que el Señor nos confía. Es decir, nos damos cuenta que la Comunidad en cuanto vocación a hacernos hermanas es, en sí misma, Misión, ya que esa fraternidad que se va haciendo es anuncio y signo de la presencia del Reino en este mundo:

- *Os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros como yo os he amado: amaos así unos a otros (Jn 13, 34).* El amor teologal que viene de Dios se realiza en las relaciones interpersonales concretas y es así como se constituye en anuncio y signo de la presencia del Reino: *Así conocerán que sois mis discípulos.*
- *Padre, que todos sean uno... para que el mundo conozca que tú me enviaste y los amaste como me amaste a mí (Jn 17,21 ss).*

Por lo tanto partimos de la afirmación de que la vivencia de la fraternidad es la vocación de la VR y también parte de su misión. Hemos sido llamadas a amarnos unas a otras como hemos sido y somos amadas por Jesús, hasta dar la vida. Y esta llamada vocacional a “hacernos hermanas” forma también parte de nuestra misión.

La acogida del don de la fraternidad y el empeño por construirla testimonia que nuestro Dios es Padre y que es su deseo y su

sueño hacer de esta humanidad una familia de hermanos y hermanas y que es posible que los seres humanos vivamos como hermanos en este mundo. Las comunidades cristianas y particularmente las comunidades religiosas son un anuncio y un signo de esta realidad escatológica en la que creemos y esperamos. Por eso todo lo que implica y supone crear y vivir la fraternidad en sus distintos niveles es misión en sí misma, porque ese es el deseo y el envío del Señor.

Esta es una realidad que los documentos eclesiales sobre la VR nos han recordado con frecuencia, pero que hoy resulta especialmente importante ya que, en muchos casos, nuestras comunidades están marcadas por el signo de la reducción, debido a la edad, la enfermedad, la falta de relevo generacional..., y con frecuencia se percibe esta situación como una dificultad para dedicarnos a la “misión”, cuando en realidad esa misma situación es una llamada a la Misión, a construir comunidad “cargando con mis hermanas” para que el mundo crea.

Y esta misma situación es una gracia en cuanto nos está urgiendo a una maduración y purificación del amor, ya que sólo un amor teologal, es decir, un amor gratuito como el de Dios, es capaz de percibir como gracia y no como peso esa “carga” con todas las limitaciones y renunciaciones que en muchos momentos exige el amor fraterno. Y, por ello, esta situación que estamos viviendo es una oportunidad para que crezca y se purifique nuestra capacidad de amar.

IV. NIVELES DE VIVENCIA FRATERNA Y DE CONSTRUCCIÓN DE LA COMUNIDAD

Tenían un solo corazón y una sola alma. Este texto Hechos 4,32 ha sido un referente para la motivación y la valoración de la vida fraterna de los religiosos pero no es raro que el deseo se dispare y su resonancia inmediata sea la de “mirad qué bien se llevan, qué amigos son, qué a gusto están entre ellos...”. Esta visión del amor fraterno es muy primaria y está centrada en la satisfacción de las propias necesidades. La referencia de la verdadera vida fraterna no es la de un seno protector. La “unión cristiana de corazones” presupone todo un proceso de purificación y crecimiento en el amor. La Comunidad religiosa es signo de la presencia del Reino y anuncio del mismo precisamente en cuanto convocada a construir la fraternidad, en la vida de cada día, en el empeño de acoger a la compañera de comunidad como hermana y vivir como tales en la vida ordinaria, más allá de la sintonía o del rechazo que mi natural siente por ella.

Y en la vida ordinaria, la maduración humana y espiritual de la Comunidad religiosa se desarrolla a tres niveles. Son tres niveles que tienen su dinámica propia de crecimiento pero que en la vida ordinaria se dan entremezclados. A través de ellos se desarrolla en la práctica nuestra vida fraterna y en esa cotidianidad se desarrolla nuestra vocación y misión de construir la fraternidad.

En la realidad comunitaria vamos a distinguir tres niveles a modo de círculos concéntricos, desde lo más externo a lo más interior y hondo. La construcción de la vida fraterna atañe a todos ellos, pero su realidad más honda es teologal y exige una mirada de fe para poder percibirla.

- 1) Nivel PSICOSOCIAL: que incluye las necesidades personales y su satisfacción; la organización y el funcionamiento del grupo...

- 2) Nivel EXISTENCIAL: el del sentido, los ideales compartidos, los valores, los objetivos, las motivaciones, los proyectos compartidos...
- 3) Nivel TEOLOGAL: el de la fundamentación y la realización más honda de la vida fraterna entendida como vocación y misión.

No vamos a presentar un desarrollo detallado de lo que implica la vivencia comunitaria en cada uno de estos niveles, ya que ello supondría un trabajo mucho más amplio y detallado del que cabe en nuestra reflexión, pero sí quiero hacer un apunte sobre cada uno de ellos, porque creo que a veces se trata el tema de la Comunidad de una manera sesgada, teniendo en cuenta sólo algunos de ellos, con lo cual fácilmente caemos en un reduccionismo que puede pecar de espiritualismo, de psicologismo, o reducir la vida fraterna a una filosofía del sentido de la vida.

1. El nivel más externo de la Comunidad es el PSICOSOCIAL. El nivel de las necesidades primarias de la afectividad humana y el de la organización y funcionamiento como grupo humano.

La comunidad religiosa es un grupo humano y como tal está condicionada por las leyes de la psicología y la sociología. Es importante tenerlo en cuenta para que se puedan vivir unas relaciones sanas y se favorezca el crecimiento personal y del grupo. En este sentido, es preciso no ser ingenuas al pretender solucionar “espiritualmente” los temas que han de ser abordados desde la psicología o la sociología y viceversa.

Como personas humanas somos constitutivamente relacionales y nuestra afectividad primaria se configura como reacción ante un tú que me afecta. Más allá del ejercicio de nuestra voluntad, en las relaciones humanas se producen sentimientos de placer o displacer, de apego o desapego, de seguridad o de miedo. Independientemente de nuestra voluntad, hay personas cuya relación nos gratifica y otras que nos cuestan; hay personas que

nos inspiran confianza y otras, recelo; hay personas con las que sintonizamos y otras no.

La comunidad es una oportunidad para tejer un núcleo de relaciones que sustentan la necesidad básica de afecto, cariño y comunicación, siempre que no queramos pedirle lo que no nos puede ni debe dar.

No podemos olvidar que la afectividad humana se ve sometida siempre a idas y venidas, a intensidades y debilitamientos, a intensos afectos y desafectos que le recorren y se entrecruzan en dinanismos siempre únicos y singulares para cada cual³.

Y esto es así y sucede también en las relaciones comunitarias; forma parte de la realidad, independientemente de nuestra voluntad. Por lo tanto es algo a aceptar como punto de partida. Es necesario contar con ello y construir las relaciones fraternas en un nivel más hondo que el de la mera afectividad primaria.

El ideal comunitario nunca puede dejar de lado el realismo de la diferencia y la unicidad personal, como elementos esenciales del crecimiento humano. Es necesario partir de la aceptación de que la aspiración radical del deseo humano de eliminar toda distancia y diferencia en la relación interpersonal es un imposible ya que cada persona es única y por ello experimenta en el fondo una soledad radical que nadie puede llenar. Esto es algo que, aunque parezca evidente, con frecuencia cuesta mucho aceptarlo y está en la raíz de muchas frustraciones en la vida comunitaria o de muchas relaciones inmaduras de sometimiento, dependencia, sumisión... La construcción de la comunidad exige todo un camino personal de maduración en la libertad que ha de ser trabajada por cada miembro de la Comunidad, para que cada una pueda ser ella misma y establecer unas relaciones interpersonales de igualdad y fraternidad.

La Comunidad, como grupo de referencia, ha de satisfacer las necesidades básicas de pertenencia y reconocimiento de cada una de sus componentes. Se ha de cuidar que cada uno de sus

³ Calos DOMÍNGUEZ MORANO, *Amores y desamores en la vida consagrada*: Fontera-Hegian 85 (2014). Una buena reflexión sobre la afectividad en la VR.

miembros tenga su lugar y su función y responsabilidad dentro del grupo.

Como grupo humano, la Comunidad tiene también unas necesidades básicas de organización y funcionamiento. En el momento actual, donde la situación de reducción es palpable en muchas comunidades, hay que cuidar que cada comunidad cuente con un equipo de hermanas que puedan responder a ellas, contando con las ayudas externas que se necesiten para ello, pero sin desertar de este elemento básico en la vivencia fraterna.

Así mismo, es necesario también que alguien tenga encomendada y asuma la responsabilidad de su coordinación. Este papel lo realiza primordialmente la superiora, aunque su servicio no puede reducirse al de la coordinación, ya que en ese caso se está produciendo un reduccionismo de la vida comunitaria a este primer nivel. A ella se le encomienda también el cuidado e impulso de la vivencia del nivel existencial y teologal.

Entra también en este primer nivel el que cada hermana se sienta protagonista y responsable de la construcción de la comunidad, a pesar de los condicionantes y limitaciones de edad, salud etc. que pueda tener. Se ha de cuidar que todas las HH formen la Comunidad y se sientan miembros de ella hasta el final... Todas ellas han de ser consideradas sujetos de las estructuras participativas y de consulta que están establecidas en las Constituciones etc. Por lo cual es sumamente importante que se cuiden los espacios de comunicación y toma de decisiones con una responsabilidad participada, y que se comparta toda la información que atañe a la comunidad como tal, sin que se consienta que algunas personas del grupo monopolicen su posesión.

Cada una podemos añadir otros muchos aspectos de la vivencia fraterna a este primer nivel.

2. Nivel existencial, estrechamente relacionado con la identidad real del grupo: Ideales compartidos, sentido de la vida, motivaciones, objetivos, proyectos compartidos, valores...

Este nivel abarca todo un conjunto de elementos que se constituyen en los significados compartidos que caracterizan y expresan la identidad y razón de ser grupo comunitario y que tienen una función muy importante en la cohesión del mismo: los ideales compartidos, la cosmovisión sobre la realidad, el sentido de la vida, los proyectos comunitarios... Es decir, aquello que hace que vivamos con sentido nuestra vida dentro del grupo y que lo unifica en torno a un mismo sentido.

Para vivir este nivel existencial no es necesario que se trate de un grupo religioso ya que el sentido puede ser vivido también en un nivel meramente humano (sería el caso de una ONG, de un partido político...). Pero cuando se trata de personas creyentes y de un grupo religioso, los elementos existenciales están estrechamente vinculados a los de tipo espiritual que fundamentan formalmente la razón de ser del grupo.

Por eso, es sumamente importante el cuidado de este nivel, ya que el descuido o las disonancias de fondo pueden provocar la pérdida de identidad y la desintegración del grupo, en la medida en que los significados compartidos que motivaron la pertenencia original de cada miembro a este grupo se vayan diluyendo.

Esto significa que hemos de analizar cuidadosamente si nuestro lenguaje, los significados compartidos, las valoraciones que hacemos de la realidad que nos rodea y de los acontecimientos, las opciones que tomamos comunitariamente, las relaciones entre nosotras y el compromiso mutuo, la implicación de todas en la marcha comunitaria y en la toma de decisiones son coherentes con la identidad de nuestro grupo como comunidad religiosa, con nuestro carisma concreto que fue la motivación que nos llevó a buscar la pertenencia a este grupo concreto y con la misión encomendada a la Comunidad.

Es esencial que se cuide, por ejemplo, la valoración grupal de la vida entregada y del ejercicio de la caridad mutua, del sentido de la vida que se apoya y remite a la fe, de la propia existencia entendida como misión, como entrega de obediencia a la voluntad del Padre, de la austeridad y la pobreza como expresión de seguimiento de Jesús, del sentido de las mediaciones, de la sabiduría que procede de la tradición congregacional... Y es muy importante estar vigilantes ante todas aquéllas influencias, procedentes tanto del ambiente que nos rodea como de nuestro propio interior, que van introduciendo cuñas de disonancia e incoherencia con aquellas convicciones y valores desde los que queremos vivir formalmente. Por ejemplo, expresiones provenientes de la cultura secularizada que nos rodea y que contradicen la fe que profesamos poniendo el acento en la certeza sólo de esta vida y la duda sobre lo que nos espera después de la muerte; o la organización de nuestros días de vacación y descanso prescindiendo de elementos esenciales de nuestra identidad como la oración personal...; o la influencia de corrientes de espiritualidad dudosamente compatibles con la antropología cristiana e incorporadas acríticamente a nuestro pensamiento y modelos de espiritualidad; o nuestros armarios llenos cuando decimos seguir a Jesús pobre...

Alguien dijo que lo que no se expresa termina por desaparecer. Por eso es preciso que nuestras expresiones compartidas sean coherentes con nuestra identidad y que cultivemos expresa y constantemente un pensamiento coherente: el conocimiento y la reflexión de las raíces del propio carisma, la lectura de la Palabra y la oración compartida, el compromiso mutuo con las hermanas de mi Comunidad y la entrega en la “misión encomendada” tienen una función importante también en este nivel existencial, así como los modelos de referencia que se proponen y valoran en el grupo, no sólo explícitamente sino también de manera implícita y más o menos inconsciente y el cultivo de la sensibilidad a nivel grupal. ¿Qué tipo de “belleza” es la que nos seduce y de la que hablamos? ¿La belleza oculta del rostro desfigurado de Cristo en tantas personas “sin belleza humana”?

¿Nos seduce la pobreza, el gozo de no tener cosas y la libertad que experimentamos con ello? ¿Primo el compromiso con mi comunidad aunque ello me suponga no poder realizar los planes que me había hecho?...

Todo grupo humano necesita una cierta coherencia ideológica compartida para no desintegrarse. En el período preconiliar se ejercía un control ideológico casi total sobre las personas estableciendo estructuras, formas de pensamiento y modos de hacer preestablecidos y regulados hasta los mínimos detalles. Con la apertura conciliar se produjo una desvalorización de este nivel, como reacción ante la situación anterior y porque se subraya la importancia de que la vida comunitaria no esté apoyada sobre todo en la regulación sino en una implicación que nazca de la libertad personal.

Pero es ingenuo pensar que la coherencia existencial del grupo se produce como mero fruto del juego de las libertades individuales de sus miembros, cuando estas libertades no están purificadas teologalmente. En estos casos, lo que se produce, en el mejor de los casos es un buen grupo de trabajo que funciona de forma adulta. Pero eso no es una comunidad cristiana y menos una comunidad religiosa.

Sólo la vida teologal hace la síntesis entre libertad y obediencia, autorrealización y autodonación, conciencia radical de pecado y confianza radical en Dios, humildad y audacia... y, por ello, mantiene “espontáneamente” la cohesión entre los valores que constituyen la identidad de la comunidad religiosa y la libertad personal. Es decir, sólo el juego de libertades de personas que viven teologalmente daría un nivel existencial e ideológico de la comunidad coherente con su identidad espiritual más honda. Pero no podemos ser ingenuas, de hecho la mayoría de las personas que formamos las comunidades no estamos a ese nivel espiritual sino que funcionamos preteologalmente, es decir, buscando una coherencia con las propuestas del evangelio, tratando de vivir desde los valores en los que creemos, intentando realizar proyectos evangélicamente justificados.....,

Por ello, hay que contar con que la tensión y el conflicto necesariamente forman parte de este nivel existencial ya que lo que espontáneamente nace de nuestro natural no son los valores evangélicos sino nuestro egocentrismo y es muy común la tendencia a situar la vida comunitaria en los deseos y en los ideales, dejando de lado la realidad.

El verdadero fundamento de la vida comunitaria no se da en el nivel existencial sino en el teologal, pero no son los grupos los que viven teologalmente sino las personas, por eso, una comunidad religiosa solo puede vivir vocacionalmente y con sentido de misión su vida fraterna si cuenta en su interior con algunas hermanas que aportan un amor teologal. Son ellas las que realmente sostienen la Comunidad y le dan una vida que proviene de más allá de sí mismas. Pero esto no nos puede hacer olvidar que cuando los grupos religiosos descuidan el trabajo para mantener la coherencia en el nivel existencial están condenados a la desidentificación y a la desintegración.

Podríamos explayarnos mucho más en este nivel. Estos son sólo unos apuntes que quieren ayudarnos a tomar conciencia de su importancia, hacernos pensar y llevarnos a una mayor profundización.

3. Nivel teologal. El de la fundamentación última.

Paradójicamente, en la misma medida en que nos tomamos más en serio la vida comunitaria como vocación y misión y más nos comprometemos en ello, nos vamos haciendo más conscientes de las trampas y resistencias personales que se oponen desde nuestro interior al proceso de la vía en fraternidad. Y esto, que en un primer momento nos hará sufrir, es sin embargo un gran don del Señor que nos hace tomar conciencia de nuestra verdad más honda. En todo caso, esta toma de conciencia no se da en los inicios de la vida comunitaria ya que exige todo un proceso previo de maduración espiritual en el amor.

Cuando la luz teologal ilumina nuestra realidad personal nos hace conscientes de nuestro egocentrismo radical; nos descubrimos permanentemente buscándonos a nosotras mismas y agenciándonos sutilmente para que nuestro yo sea siempre lo primero; nos vamos haciendo cada vez más conscientes de nuestra incapacidad radical para amar gratuitamente. Ahora es cuando podemos hacer experiencia de que el amor gratuito (lo que los primeros cristianos denominaron como ágape – caridad) no nace de nosotros, no es el fruto de nuestra voluntad y empeño sino un don que hemos de recibir. Es el Espíritu Santo derramado sobre nosotras el que nos capacita para amar según Dios (amor teologal), es decir con ese amor incondicional y gratuito con que Él ama y nos ama: *No me habéis elegido vosotras a Mí, sino que Yo os he elegido y Yo os he destinado a que vayáis y deis fruto* (frutos de amor).

Por eso, cada mañana recibimos la convocación, la invitación a hacernos hermanas. A este nivel teologal, la comunidad es un don que se rehace continuamente en la oración en común, en la fracción del pan, en la celebración del perdón y la reconciliación, en la entrega mutua y el ejercicio callado del amor y el servicio en la vida ordinaria. Aquí encuentra la Comunidad su verdadera fuente que le permite reconstruirse permanentemente.

Paradoja de la vida religiosa: donde más claramente experimentamos la cruz de nuestra vocación (la comunidad), más hondamente se nos da percibir el milagro de Dios en nuestras vidas y experimentar la novedad escatológica de nuestra vocación, como signo de ese sueño de fraternidad que Dios tiene para toda la humanidad.

Cada mañana al reunirnos para celebrar la liturgia nos sorprendemos agradecidas de estar juntas, de creer en el mismo Señor que nos reúne y de acogernos como don suyo, y de amarnos en una comunión que nos fundamenta más allá de nosotras mismas.

Durante años nos empeñamos apasionadamente en alcanzar el ideal de la comunidad que Jesús nos propuso. Con los años el

realismo de nuestras limitaciones se nos impone. Nos sentimos culpables, nos preguntamos mil veces qué nos ha fallado y nos acecha la tentación del desencanto. Si el Señor nos concede el don de la vida teologal, vamos intuyendo una sabiduría más alta: que somos signos del Reino precisamente así, en ese contraste entre el deseo y nuestras limitaciones y pecados, en la medida en que, en medio de todo eso, vamos aprendiendo a amar; que el Señor no necesita nuestra perfección sino fidelidad humilde al don que Él nos hace de ser hermanas cada día⁴.

Seguramente muchas de nosotras conocemos un mural de hace bastantes años y que representa la *fotografía* de una niña de corta edad que carga a la espalda con su hermano pequeño. Por la estatura de la niña se percibe que el hermano tiene que suponer una carga desproporcionadamente grande para ella, pero el lema del mural dice: “No me pesa, es mi hermano”. Este mural me sugiere un elemento muy importante de la vida fraterna, en este nivel teologal, en muchas de nuestras comunidades religiosas de hoy día. En la mayoría de ellas la reducción se impone debido a la edad, la enfermedad y la falta de relevo generacional. Por ello, hoy de manera especial, la vivencia teologal de la vida comunitaria pasa por “cargar con mi hermana”.

El mensaje del mural puede significar sólo una frase bonita que plasma nuestro ideal o expresar el milagro de la transformación del corazón que realiza el Espíritu Santo y que realmente hace que la carga no me suponga un peso, aunque pese. Porque quien vive del don de la vida teologal sabe, no solo intelectualmente sino porque lo ha comprobado por propia experiencia, que Jesús tiene razón cuando dice que quien pierde su vida por Él la gana y quien se la guarda la pierde. Que el Señor nos conceda la gracia de “cargar con mi hermana” y de hacerlo con gusto, porque experimento que es mi hermana. Pero ya sabemos que esto no brota espontáneamente de nuestro natural sino que es un amor que se nos ha de dar y hemos de recibir como gracia, como amor teologal.

⁴ GARRIDO, J. *Identidad carismática de la vida religiosa*: Fontera-Hegian 43 (2003). Págs 56-57.

V. LA DINÁMICA DE AMOR TEOLOGAL.

Hemos repetido ya varias veces que la gratuidad total supone un tipo de amor que no salir de nosotras a base de empeño y voluntad. La capacidad de amar con total gratuidad es un don del Espíritu Santo y le llamamos amor teologal o sencillamente amor de ágape o amor de caridad.

Pues bien ¿qué podemos poner de nuestra parte en orden a este don? ¿Cuál es la dinámica humana y espiritual por la que el don del Espíritu Santo transforma nuestra capacidad de amar y lo hace gratuito?

Vamos a aprender de San Ignacio, el gran pedagogo del proceso espiritual cristiano, centrándonos en la *Contemplación para alcanzar amor* de los Ejercicios Espirituales, número 233, “pedir lo que quiero: *será aquí pedir conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad*”.

Esta oración encierra toda una sabiduría sobre la dinámica humana y espiritual del amor teologal.

La dinámica de fondo que expresa este texto sigue esta secuencia: AGRACIAMIENTO → AGRADECIMIENTO → GRATUIDAD. Es decir, la experiencia de **agraciamiento** provoca **agradecimiento** y se traduce en **gratuidad**.

El amor cristiano tiene su fuente en la experiencia de **agraciamiento** que suscita **agradecimiento** y se traduce en la **gratuidad** del propio don a favor de los demás (en palabras ignacianas: amor y servicio). Todo cristiano está llamado a vivir esta experiencia a la que se le conoce como vida teologal. De aquí nace la genuina praxis cristiana, el compromiso gratuito a favor de los demás, la vivencia teologal de la fraternidad. La vida teologal es puro don de Dios pero, Ignacio nos dice que el cultivo del AGRADECIMIENTO, tanto para con Dios como para con el prójimo es de capital importancia para su desarrollo.

Vamos a detenernos en cada uno de los tres momentos de este proceso espiritual que nos ofrece San Ignacio:

1º) Conocimiento interno de tanto bien recibido (**experiencia de agradecimiento**):

- Es sumamente importante que avivemos la fe en la gratuidad e incondicionalidad del amor de Dios hacia nosotros, hacia mí, haciendo memoria constantemente de todo lo bueno y todos los bienes que he recibido, inmerecidamente, porque allí donde yo ni siquiera me enteraba o vivía como un derecho todo lo que recibía, el Señor ha ido poniendo amor y más amor. Necesitamos hacer memoria del derroche de amor y de bondad sobre mí a lo largo de mi vida, por parte de Dios y de tantísimas personas. San Ignacio invita a hacer memoria de la lista de dones de diverso tipo que hemos recibido.

2º) Para que yo enteramente reconociendo (**agradecimiento**):

El “reconocimiento” del que habla Ignacio tiene como dos facetas:

- Supone tomar conciencia del hecho y situarme en su verdad, es decir en el hecho de la desproporción entre la bondad de Dios y mi ingratitud. Porque tan importante como tomar conciencia de que he recibido mucho es hacerme consciente de que yo no tenía ningún derecho a ello. Es decir, que he sido colmada de cuidados y de amor a lo largo de mi vida por la gratuidad absoluta del amor de Dios y por la bondad y la entrega de tantísimas personas, y no por mis derechos.
Y hemos de pedir tomar conciencia tanto de la sobreabundancia como del **inmerecimiento** ya que nuestro natural tiende a considerarlo todo como un derecho. Y entonces nos convertimos como en un “saco sin fondo” que por mucho que reciba, tanto de Dios como los demás, nunca se colma, porque siempre le parece que merece más.
- Sin embargo, cuando reconocemos la verdad de esa desproporción nos quedamos anonadados, desbordados... y, en el corazón humano, se suscita una dinámica de

agradecimiento que le hace salir de sí para alabar y expresar el agradecimiento y también para intentar devolver de alguna manera algo a quien tanto le debemos.

La Sagrada Escritura y especialmente los Salmos están llenos de esta experiencia de agradecimiento: *¡De dónde a mí que...! ¡Cómo te pagaré, oh Señor, todo el bien que me has hecho...! ¡Por qué a m, por qué a mí...!*

En el proceso de la maduración del amor teologal es sumamente importante el cultivo permanente del agradecimiento a Dios. También es preciso que cultivemos esta actitud en las relaciones humanas. Ejercitarnos en agradecer va transformando nuestro corazón y lo va haciendo agradecido.

3º) Pueda en todo amar y servir:

- San Ignacio es muy consciente de que la capacidad de poderme situar siempre en el amor y en el servicio no está en mis manos. Este es un don y por eso lo pide: *que pueda en todo amar y servir*. Pero San Ignacio ha descubierto que la fuente de este poder está en que, a base de sentirse desbordado por tanto don recibido, el propio corazón se derrita en agradecimiento y en deseos de corresponder.
- Y esa correspondencia de un amor agradecido no se queda en las palabras sino que se traduce en actitudes y hechos: **alabanza** a Dios por su bondad, por su misericordia, por su amor y por sus dones y **amor y servicio** a Dios y a nuestros hermanos.
- La expresión ignaciana “*en todo amar y servir*” no tiene como fuente un voluntarismo tenaz sino el *conocimiento interno y el reconocimiento* pleno de tanto derroche de amor del que ha sido objeto. Y esta experiencia provoca en el corazón humano una dinámica de agradecimiento que se traduce en desear poder entregar gratuitamente algo de lo mucho que he recibido.
- Este corazón agradecido es el que, por fin, puede “*dar gratis lo que gratis ha recibido*”. Ahora es cuando el

corazón humano puede amar gratuitamente, con el amor que él mismo recibe de Dios. Este es el amor teologal que construye radicalmente la fraternidad y el impulsor de toda auténtica misión.

- Y hay que afirmar que el mundo se sostiene porque en él hay personas que aman con este amor. Y, en el mismo sentido habría que afirmar que nuestras comunidades religiosas mantienen su sentido vocacional y de misión en la misma medida en que en su interior hay personas que aman con un amor teologal. Ellas son las que sostienen la Comunidad y creo que todas conocemos algunas hermanas de éstas.